

“En juego. Teoría y técnica del juego en la práctica clínica actual”¹

Rosa Royo, Lucy Jachevasky y Teresa Pont (editoras)
Barcelona (2022). Ed. Herder

– Susagna Aisa Castro –

Psicoterapeuta de niños, adolescentes y adultos.² (Barcelona, España)



Un libro nuevo es siempre una buena noticia. En portada, vemos a través de unas gafas a un niño con una bobina de hilo y unos cubos coloreados, con unas letras impresas que ponen “fort da”. La imagen nos resuena y enseguida nos coloca delante de un escenario conocido, el del juego del carretel, descrito por Freud en 1920. Debajo de la imagen, el título del libro es ya una declaración de intenciones: “En juego. Teoría y técnica del juego en la práctica clínica actual”, un enunciado que nos incluye y nos invita a repensar la teoría y la técnica del juego infantil en clave contemporánea. Es de agradecer una compilación que recoja, de forma clara y bien estructurada, las diferentes miradas psicoanalíticas que se han hecho y se hacen del juego infantil, así como la técnica que se deriva de ellas y su aplicación en la clínica.

Estructurada en siete partes (el juego, las teorías, la práctica, otras miradas, la técnica, la evolución, juego y estados mentales) el lector encontrará en cada capítulo lo esencial para poder pensar teóricamente el juego infantil, así como la puesta en práctica de los fundamentos teóricos a partir del análisis de un mate-

rial clínico de sesión de juego, visto desde las distintas escuelas. Como buena obra coral, amplían la mirada incluyendo capítulos sobre el juego explicado desde la psicología evolutiva, juego y nuevas tecnologías (DMCI) y juego y psicopatología, con un capítulo final centrado en el juego del niño autista.

Si bien Freud no teorizó sobre el juego infantil, fue el primero en describir el mecanismo psíquico de jugar, cuando interpretó el juego del carretel de su nieto de dieciocho meses con relación a la partida de su madre. Con aquella actividad, observa Freud, el niño dominaba una vivencia penosa que vivía pasivamente y la invertía en asimilable, transformándola en un sintagma lúdico que le permitía representar y elaborar lo que le producía inquietud. Es a partir de este escrito que queda desvelada la función simbolizante de jugar. Más tarde, autores como Klein y Winnicott dan espacio al juego en sus planteamientos teóricos, otorgándole una importancia terapéutica y estructurante del aparato psíquico, si bien con diferencias y matices, como bien quedan recogidos en los correspondientes capítulos del libro. Jugar no es un entretenimiento anodino, sino que jugando el niño se hace a sí mismo.

Posiblemente, una de las frases más citadas de Freud en relación al juego infantil sea la de “Todo niño que juega se comporta como un poeta...” (1908), donde hace una bonita analogía entre el jugar y la actividad de los poetas, señalando las similitudes en los mecanismos psíquicos subyacentes, así como la diferencia fundamental: donde el adulto

fantasea, el niño juega con el apoyo de objetos que le permiten desplegar su narrativa personal. No es el interés de la reseña profundizar en las claves del juego del niño neurótico (el lector encontrará satisfecha su curiosidad en el conjunto de capítulos de la obra), sino que se hará mención de los capítulos donde se hace referencia a los niños con autismo.

¿Juegan los niños autistas? Ante esta pregunta, podríamos encontrar respuestas variadas: *juega* alineando coches sobre la alfombra, *juega* apilando bloques de construcción, *juega* persiguiendo al compañero que lleva una pelota. Pero ¿realmente *juega*? Rosa Royo y Elena Fieschi, en sus respectivos capítulos, se refieren a las patologías graves infantiles (muchas de ellas diagnosticadas actualmente como TEA), si bien es el último capítulo del libro el que se centra específicamente en los niños con autismo.

En este caso, son Dolors Cid y Lucy Jachevasky quienes nos aproximan a la teorización que hace Meltzer para explicar que el niño autista vive en un mundo uni o bidimensional, plano, sin interior y con una temporalidad circular y que el no-juego es el efecto del desmantelamiento de la mente. Si jugar es hacer, compartir, vivenciar, esto ocurre en un espacio y en un tiempo, en la transicionalidad que no es ni objetiva ni subjetiva, con una representatividad apuntalada en objetos que velan la vida pulsional; la primera pregunta sería: ¿dónde está, mentalmente, el niño con autismo? Sabemos que el niño con autismo tiene

¹ Traducción realizada por el Equipo *eipea* del original en catalán.

² Docente colaboradora en ECPNA (Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes). Psicóloga en el CRETDIC (Centro de Recursos Educativos para alumnos con Trastornos del Desarrollo y la Conducta).

dificultades para simbolizar y establecer relaciones sociales, lo que hace que su juego sea reducido, muy empobrecido o ausente, en la medida en que también lo está su mundo emocional y relacional. Para explicarlo, el lector del libro encontrará también referencias a autores como F. Tustin, D. Meltzer o D. Winnicott entre otros, que le ayudarán a pensar y comprender con más detalle lo que acabo de citar.

De este último capítulo, me parece interesante destacar cómo explican la génesis del juego en relación con el inicio del habla, entendiendo que las vocalizaciones preverbales son el trasfondo de la creación del pensamiento. No todas las verbalizaciones son presimbólicas, nos recuerdan. Volviendo a la escena freudiana del niño del carretel, hay que recordar que éste hacía la acción acompañándola de unos fonemas, el famoso “fort-da”. Meltzer, en “Metapsicología ampliada” (1990), hace una formulación conceptual donde dice que en el laleo (y cito del libro) “la cavidad bucal es utilizada como teatro de fantasía y juego, un punto intermedio entre el juego externo y el pensamiento interno”. A medida que el niño va aceptando el significado convencional de la palabra (comunicativo, expresivo, representacional), ésta se traslada fuera del cuerpo, de la boca, y es ahí donde comienza lo que acostumbramos a llamar “juego”. Anclado en la sensorialidad, el niño autista se centra en las sensaciones producidas en la boca



(salivar, movimientos de lengua, ruiditos y sonidos...) no como canal de comunicación con el otro, sino como protección autogenerada con la que aislarse del mundo, más cercana a una estereotipia que a una actividad rítmica y creativa. La capacidad representativa no se da y la falta de juego y de lenguaje son sus manifestaciones más claras.

Palabra, objeto, juego. Haciendo un paralelismo, si un juguete es un objeto jugado, observamos que el niño autista manipula objetos, pero no los juega representativamente. Su relación con el objeto es particular e idiosincrática, ha-

ciendo un uso diferente al habitual, no en clave creativa, sino defensiva. Queda adherido a su superficialidad, de forma indiferenciada, centrado en la sensación que le provoca, como en el laleo vacío. Así, el valor del objeto radica en la calidad de la sensación que produce, sin la función elaborativa y comunicativa, viva, que implicaría el juego simbólico. En este mismo capítulo, se expone cómo la energía no ligada, que no tiene calidad de emoción, se convierte en pura excitación, conceptualización muy útil para pensar el efecto que, por ejemplo, puede tener el juego de las cosquillas en un niño con autismo.

Apoyadas en los planteamientos teóricos de línea inglesa y francesa y en su larga experiencia en el trabajo con niños autistas, las autoras describen el origen del juego para enlazarlo después con su funcionamiento particular, marcado por la imposibilidad de llegar al símbolo, todo ello ilustrado con ejemplos clínicos que pueden orientar en la práctica terapéutica. Conocedoras de la complejidad del tema, ofrecen referencias bibliográficas a otras obras y artículos que invitan a seguir leyendo, a *linkear* los textos y terminar de construir el saber de forma ampliada.

Rosa Royo, Lucy Jachevasky y Teresa Pont, editoras del libro, nos recuerdan en su introducción que “cualquier abismo es navegable en barquitos de papel” (J. Guimaraes). No perdamos la esperanza. ●